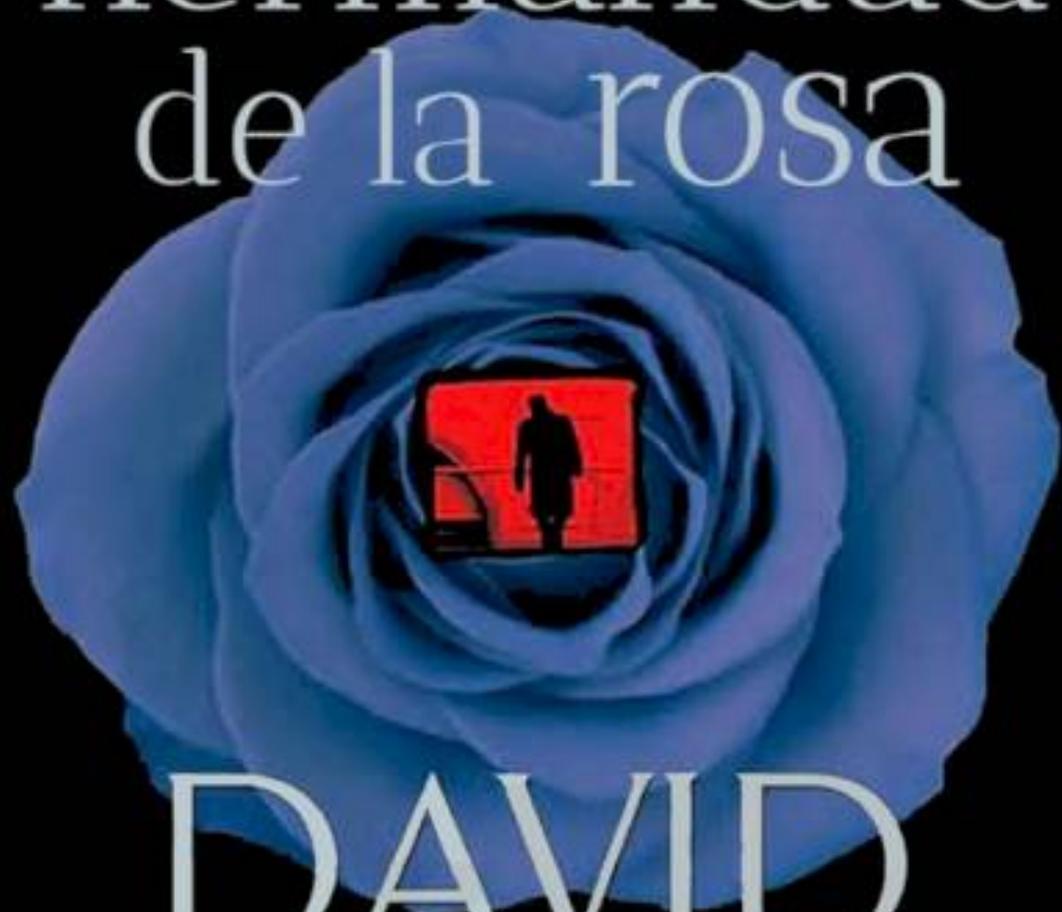


La
hermandad
de la rosa



DAVID
MORRELL

La rosa significa para el viejo mundo de los espías, secreto y silencio, signo de una hermandad clandestina y peligrosa. Chris y Saul dos huérfanos criados como hermanos y entrenados por Edward Eliot, veterano oficial del contraespionaje en la CIA, para ser armas letales. Juntos han aprendido a protegerse mutuamente y, aprendiendo el arte de matar como verdaderos profesionales, se han hecho un lugar entre los más letales asesinos. Sin embargo, a lo largo de sus vidas se producen circunstancias que llevan al maestro y a los discípulos a enfrentarse entre sí en un duelo apasionado y sangriento.

A Donna
Cuanto más de prisa pasan los años, más grande se
hace mi amor.

«Enseñadles política y guerra, para que sus hijos puedan estudiar medicina y matemáticas, a fin de que éstos ofrezcan a sus hijos el derecho de estudiar pintura, poesía, música y arquitectura».

JOHN ADAMS

Prólogo. LA SANCIÓN DE ABELARDO

REFUGIO

París. Septiembre de 1118.

Pedro Abelardo, guapo canónigo de la iglesia de Notre Dame, sedujo a su atractiva estudiante, Eloísa. Fulbert, el tío de la muchacha, furioso por el embarazo de ésta, reclamó ardientemente vengarse. En las primeras horas de un domingo por la mañana, tres asesinos contratados por Fulbert atacaron a Abelardo cuando se dirigía a misa, lo castraron y lo abandonaron herido de muerte. Pero Abelardo vivió, y, temiendo más represalias, buscó protección. Primero, corrió al monasterio de Saint-Denis, cerca de París. Allí, mientras se recuperaba de sus heridas, se enteró de que algunos elementos políticos que buscaban desesperadamente la aprobación de Fulbert estaban conspirando una vez más contra él. Por segunda vez, huyó... a Quincey, cerca de Nogent, donde fundó una casa refugio que llamó «El Paracleto», el Consolador, en honor del Espíritu Santo.

Y finalmente encontró santuario.

CASAS REFUGIO / REGLAS BASICAS

París. Septiembre de 1938.

Domingo, veintiocho. Édouard Daladier, ministro de Defensa de Francia, dirigió la siguiente alocución radiofónica al pueblo francés:

A primera hora de esta tarde he recibido una invitación del Gobierno alemán para entrevistarme con el Canciller Hitler, el señor Mussolini y el señor Neville Chamberlain, en Munich. He aceptado la invitación.

La tarde siguiente, mientras tenía lugar la reunión de Munich, un farmacéutico al servicio de la Gestapo anotaba en su libro registro que el último de los cinco Mercedes negros de 1938 había cruzado por delante del punto de control de su farmacia de la esquina y llegado ante la fachada de inofensivo aspecto del 36 de la Bergener Strasse de Berlín. En todos los casos, un fornido chófer de paisano bajó del coche, estudió a los peatones de la concurrida calle con disimulo, y abrió la portezuela trasera, por la que salió su único ocupante, un hombre de edad, bien vestido. El conductor, en cuanto hubo acompañado a su pasajero a través de la gruesa puerta de madera de la casa, una residencia de tres plantas, siguió su camino hasta un almacén situado tres manzanas más abajo, donde aguardó ulteriores instrucciones.

El último caballero en llegar dejó su sombrero y abrigo con un centinela situado detrás de una mesa de metal en un nicho a la derecha de la puerta. Por razones de tacto, no le registraron, pero se le pidió que dejara también su cartera. No la necesitaría, a fin de cuentas. No se permitiría tomar notas.

El centinela examinó las credenciales del hombre, luego apretó un botón situado junto a la Luger debajo de la mesa. Inmediatamente, apareció un segundo agente de la Gestapo salido de una oficina detrás del visitante para acompañarle a una habitación del extremo del pasillo. El visitante entró. El agente cerró la puerta, quedándose él fuera.

El visitante se llamaba John «Tex». Auton. Tenía cincuenta y cinco años, era alto, toscamente guapo, con un bigote entrecano. Mentalmente preparado, se sentó en la única silla vacía que quedaba e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a los cuatro hombres que habían llegado antes que él. No hacía falta presentarles; se conocían ya. Sus nombres eran Wilhelm Smeltzer, Antón Girard, Percival Landish y Vladimir Lazensokov. Eran los jefes del espionaje de Alemania, Francia, Inglaterra y la Unión Soviética. Auton representaba al Departamento de Estado americano.

Excepto por las sillas y el cenicero que había delante de cada uno de ellos, la habitación estaba totalmente vacía. Nada de muebles, ni cuadros, ni estanterías de libros, ni cortinas, ni alfombra, ni araña en el techo. La desnudez de la habitación se había dispuesto así por parte de Smeltzer para garantizar a aquellos hombres que no se habían instalado micrófonos.

—Caballeros —empezó Smeltzer—, las habitaciones adyacentes están vacías.

—Munich —dijo Landish.

Smeltzer sonrió.

—Para ser inglés, va usted al grano muy bruscamente.

—¿Por qué se ríe? —le preguntó Girard a Smeltzer—. Todos sabemos que, en este momento, Hitler está exigiendo que mi país e Inglaterra dejen de garantizar la protección de Checoslovaquia, Polonia y Austria. —El hombre hablaba inglés en atención al americano.

Evitando la pregunta, Smeltzer encendió un cigarrillo.

—¿Tiene Hitler intención de invadir Checoslovaquia? —preguntó Lazensokov.

Smeltzer se encogió de hombros, exhalando el humo.

—Les he pedido que vinieran para que, como miembros de la misma comunidad profesional, podamos prepararnos para cualquier contingencia.

Tex Auton frunció el ceño.

Smeltzer continuó:

—No respetamos nuestras respectivas ideologías, pero en cierto modo nos parecemos. Disfrutamos con las complejidades de nuestra profesión.

Los demás asintieron.

—¿Tiene usted alguna nueva complicación que sugerir? —preguntó el ruso.

—¿Por qué ustedes, muchachos, no dicen lo que demonios están pensando? —dijo con voz cansina Tex Auton.

Los otros lanzaron algunas risitas.

—La franqueza estropearía la mitad de la diversión —repuso Girard a Auton. Y se volvió hacia Smeltzer, esperando.

—Sea cual sea el desenlace de la inminente guerra —dijo Smeltzer—, debemos garantizarnos mutuamente que nuestros representantes tendrán la oportunidad de protección.

—Imposible —atajó el ruso.

—¿Qué clase de protección? —preguntó el francés.

—¿Se refiere usted a dinero? —añadió el tejano.

—Es inestable. Tiene que ser oro o diamantes —sentenció el inglés.

El alemán asintió.

—Y, más concretamente, lugares seguros donde guardarlos. Los Bancos ya probados en Ginebra, Lisboa y Ciudad de México, por ejemplo.

—Oro —dijo el ruso con desprecio—. ¿Y qué sugieren ustedes que hagamos nosotros con este artículo capitalista?

—Establecer un sistema de casas-refugio —replicó Smeltzer.

—Pero ¿y qué tiene eso de nuevo? Ya las tenemos —señaló Tex Auton.

Los demás ignoraron su observación.

—Y casas de reposo también, supongo —le dijo Girard a Smeltzer.

—Eso lo daba por supuesto —replicó el alemán—. En honor de mi amigo americano, déjenme que me explique. Cada una de nuestras redes tiene ya sus propias casas-refugio, es cierto. Sitios seguros donde sus agentes pueden buscar protección, digamos, o reunir información, o interrogar a un delator. Pero aunque cada una de estas redes trata de mantener en secreto estos lugares, con el tiempo las demás redes acaban por averiguar dónde están, de modo que tales lugares no son verdaderamente seguros. Pese a que las protegen hombres armados, una fuerza enemiga mayor podría capturar cualquiera de estas casas y matar al que hubiera buscado protección allí.

Tex Auton se encogió de hombros.

—Este riesgo es inevitable.

—Lo dudo —replicó el alemán—. Lo que yo propongo es algo nuevo... una extensión del concepto, un refinamiento. En circunstancias extremas, cualquier agente de cualquiera de nuestras redes recibiría asilo en ciudades cuidadosamente escogidas por todo el mundo. Sugiero Buenos Aires, Postdam, Lisboa y Oslo. Todos tenemos asuntos ahí.

—Alejandría —sugirió el inglés.

—Aceptable.

—Montreal —dijo el francés—. Si el desenlace de la guerra no me resulta beneficioso, quizá me vaya a vivir ahí.

—Bueno, aguarden un momento —dijo Tex Auton—. ¿Esperan que me crea que, si la guerra estalla, uno de *sus* muchachos no va a matar a uno de *mis* chicos en estos lugares?

—Mientras los agentes contrarios estén en él —dijo el alemán—. En nuestra profesión, todos conocemos los peligros y las presiones. Reconozco que incluso los alemanes a veces necesitan descansar.

—Y tranquilizar los nervios y curar las heridas —añadió el francés.

—Nos lo debemos —intervino el inglés—. Y si un agente quiere retirarse de su red completamente, habría de tener la oportunidad de ir de una casa-refugio a una de reposo y disfrutar de la misma inmunidad para el resto de su vida. Con una parte del oro o los diamantes como pensión de jubilación.

—Como recompensa por servicios prestados —declaró el alemán—. Y un incentivo para los nuevos reclutas.

—Si los acontecimientos tienen lugar como preveo —advirtió el francés— quizá todos necesitemos incentivos.

—Y si los acontecimientos ocurren tal como yo espero —replicó el alemán—, yo tendré todos los incentivos que necesito. No obstante, soy un hombre prudente. ¿Estamos todos de acuerdo?

—¿Qué garantías tenemos de que nuestros hombres no serán muertos en estas casas-refugio? —quiso saber el inglés.

—La palabra de compañeros de profesión.

—¿Y los castigos?

—Absolutos.

—Estoy de acuerdo —dijo el inglés.

El americano y el ruso permanecían silenciosos.

—¿Percibo alguna reticencia por parte de nuestras naciones más nuevas? —dijo el alemán.

—Estoy de acuerdo en principio, y trataré de asignar fondos —declaró el ruso—, pero no puedo prometer la cooperación de Stalin. Jamás accederá a proteger a agentes extranjeros en suelo soviético.

—Pero usted promete no causar daño a un agente enemigo mientras se halle en una casa-refugio designada.

De mala gana, el ruso asintió.

—¿Y mister Auton?

—Bien, estoy conforme. Conseguiré un poco de dinero, pero no quiero ninguna de estas casas en territorio americano.

—Entonces, y con estos compromisos, ¿estamos de acuerdo?

Los demás asintieron.

—Necesitaremos emplear una palabra clave para este convenio —señaló el inglés.

—Yo recomendaría *hospice* —dijo Smeltzer.

—Ni hablar —replicó el inglés—. La mitad de nuestros hospitales se llaman hospicios.

—Entonces recomiendo otra alternativa —intervino el francés—. Todos somos hombres cultos. Estoy seguro de que recuerdan la historia de mi compatriota de la Edad Media: Pedro Abelardo.

—¿Quién? —preguntó Tex Auton.

Girard se lo explicó.

—¿De modo que acudió a una iglesia y le dieron protección? —dijo Auton.

—Santuario.

—Lo llamaremos sanción —dijo Smeltzer—. La Sanción de Abelardo.



Dos días más tarde, 1 de octubre, miércoles. Daladier, ministro de Defensa de Francia, regresaba en avión desde la reunión celebrada con Hitler en Munich a su hogar de París.

Su aparato aterrizó en el aeropuerto de Le Bourget. Al salir del avión, fue saludado por encrespadas multitudes que gritaban: «¡Larga vida a Francia! ¡Larga vida a Inglaterra! ¡Larga vida a la paz!».

Ondeando banderas y flores, la muchedumbre se abrió paso a través de las sólidas barricadas de la policía. Los reporteros corrían por la pasarela de aluminio para saludar al ministro de Defensa.

Daladier se había quedado mudo de sorpresa.

Volviéndose hacia Foucault, de la Reuters News Service, murmuró: «¿Larga vida a la paz? ¿No comprenden lo que Hitler piensa hacer? Estúpidos bastardos».



París, 5 de la tarde, domingo, 3 de septiembre de 1939.

Un locutor acaba de anunciar por la radio, interrumpiendo al Teatro Michelin, «Francia está oficialmente en guerra con Alemania».

La radio quedó en silencio a partir de aquel momento.

En Buenos Aires, Postdam, Lisboa, Oslo, Alejandría y Montreal, se establecieron casas-refugio internacionales de las grandes redes de espionaje mundial. En 1941, estas redes incluirían al Japón, y en 1953, a China continental.



Y se creó santuario.

Primera parte. SANTUARIO

UN HOMBRE DE HABITOS